



PRIMER CAPÍTULO

 Editorial Hidra

Dos

Nací durante el segundo holocausto. Antes, según cuentan las leyendas, la gente vivía muchos más años. Jamás me lo creí. En mi mundo, nadie llegaba a cumplir los cuarenta.

Aquel día era mi cumpleaños. Cada año que pasaba mi miedo crecía, y aquel fue el peor. Vivía en un enclave donde el mayor de nosotros tenía veinticinco años. Su rostro estaba arrugado y, cuando intentaba llevar a cabo las tareas más nimias, le temblaban los dedos.

Algunos murmuraban que matarlo sería un acto de bondad, pero lo cierto era que no querían ver lo que les deparaba el futuro.

—¿Estás preparada?

Torzal estaba esperándome en la oscuridad. Él ya llevaba sus marcas; tenía dos años más que yo y, si él había sobrevivido al ritual, yo también lo haría. Torzal era enclenque y frágil en todos los sentidos; las privaciones habían socavado sus mejillas, avejentándolo. Examiné la palidez de mis antebrazos y, después, asentí.

Había llegado el momento de convertirme en una mujer.

Los túneles eran amplios y se apoyaban en una estructura de barras metálicas. Habíamos encontrado restos de lo que podría haber sido un medio de transporte, pero estos yacían de costado como enormes bestias muertas. A veces los usábamos como refugios de emergencia. Si una partida de caza era atacada antes de llegar al santuario, una pesada barrera de metal entre ellos y los enemigos hambrientos podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Por supuesto, yo nunca había salido del enclave. Aquel espacio constituía el único mundo que había conocido nunca, sumido en la oscuridad y las volutas de humo. Los muros eran antiguos y estaban contruidos con bloques rectangulares. En el pasado habían tenido color, pero los años lo habían desgastado hasta convertirlo en gris. Los únicos toques de color provenían de los artículos que habíamos encontrado en las zonas más profundas de aquella conejera.

Seguí a Torzal a través del laberinto, rozando brevemente con la mirada los objetos que conocía. Mi favorito era un dibujo de una niña sobre una nube blanca. No podía discernir lo que sostenía; esa parte se había desgastado. Pero las palabras escritas con un rojo vivo, *Un jamón celestial*, me parecían maravillosas. No estaba segura de qué era aquello pero, por su expresión, debía de ser algo muy bueno.

El enclave reunía en el día de la designación a todos los que habían sobrevivido para ser nombrados. Perdíamos a tantos cuando eran jóvenes que llamábamos a todos los

pequeños Niño o Niña, seguido de un número. Como nuestro enclave era pequeño, y disminuía constantemente, reconocí todos los rostros ensombrecidos por la penumbra. Era difícil evitar que se me hiciera un nudo en el estómago mientras me preparaba para el dolor o el miedo a terminar con un nombre horrible ligado a mí hasta la muerte.

Por favor, que sea uno bueno.

El anciano, que soportaba la carga de un nombre como Muroblanco, caminó hasta el centro del círculo. Se detuvo ante la hoguera y la lengua de fuego tiñó su piel con terro-ríficas sombras. Con una mano, me indicó que me acercara.

Cuando me uní a él, habló.

—Que cada Cazador traiga su ofrenda.

Todos cogieron sus obsequios y los amontonaron a mis pies. La pila de objetos fue creciendo; parecían interesantes aunque no tenía ni idea de para qué podían servir algunos de ellos. *¿Como decoración, quizá?*

La gente del mundo anterior parecía obsesionada con las cosas que tenían la única virtud de ser hermosas. Yo no podía comprenderlo. Cuando terminaron, Muroblanco se dirigió a mí.

—Es la hora.

Se hizo el silencio. Unos gritos resonaron a través de los túneles. En algún punto cercano alguien estaba sufriendo, pero no era lo suficientemente mayor para asistir a mi nombramiento. Podríamos perder otro ciudadano antes de terminar el rito. La enfermedad y la fiebre nos devastaban, y nuestro curandero, en mi opinión, era más perjudicial que

beneficioso. Pero yo había aprendido a no cuestionar sus tratamientos. Allí, en el enclave, no era posible prosperar demostrando un pensamiento excesivamente independiente.

Estas reglas nos permiten sobrevivir, diría Muroblanco. *Si no puedes acatarlas, eres libre para marcharte y descubrir cómo te va en la Superficie*. El anciano a veces parecía un poco mezquino; yo no sabía si siempre había sido así, o si la edad lo había hecho cambiar. Y ahora estaba ante mí, preparado para cobrarse mi sangre.

Aunque nunca antes había sido testigo del ritual, sabía qué esperar. Extendí los brazos. La navaja brillaba a la luz del fuego. Era nuestra posesión más preciada, y el anciano la mantenía limpia y afilada. Hizo tres cortes irregulares en mi brazo izquierdo y contuve el dolor hasta que este se enroscó en un silencioso grito en mi interior. No avergonzaría al enclave llorando. Me acuchilló el brazo derecho antes de que pudiera prepararme. Apreté los dientes mientras la cálida sangre bajaba por mi brazo. No era demasiada. Los cortes eran superficiales, simbólicos.

—Cierra los ojos —me dijo.

Obedecí. Se inclinó, esparció las ofrendas ante mí, y después me agarró la mano. Tenía los dedos fríos y delgados. Yo recibiría mi nombre del punto en el que cayera mi sangre. Con los ojos cerrados podía escuchar la respiración de los demás, pero estaban inmóviles, reverentes. Escuché un susurro cercano.

—Abre los ojos y saluda al mundo, Cazadora. A partir de hoy, te llamarás Dos.

Vi que el anciano sostenía un naipe. Estaba roto y manchado, y los años lo habían amarilleado. El dorso tenía un bonito estampado rojo y la parte delantera mostraba algo que se parecía a una pala negra junto al número dos. Mi sangre lo había salpicado y eso significaba que debía llevarlo conmigo en todo momento. Lo cogí con un murmullo agradecido.

Qué extraño. Ya no sería conocida como Niña15. Tardaría un poco en acostumbrarme a mi nuevo nombre.

El enclave se dispersó. La gente me asintió con respeto mientras volvía a sus quehaceres. Ahora que la ceremonia de designación había terminado, había que cazar la comida y buscar suministros. Nuestro trabajo nunca terminaba.

—Has sido muy valiente —me dijo Torzal—. Ahora vamos a ocuparnos de tus brazos.

Me alegré de que no tuviéramos espectadores en ese momento, porque el valor me abandonó. Lloré cuando me puso el metal caliente contra la piel. Obtendría seis cicatrices para demostrar que era lo suficientemente dura como para llamarme Cazadora. Otros ciudadanos recibían menos: los Constructores llevaban tres cicatrices, y los Criadores solo una. Porque, desde que la gente podía recordar, el número de señales en los brazos identificaba qué papel desempeñaba cada ciudadano. No podíamos dejar que los cortes sanaran de forma natural por dos razones: no dejarían una cicatriz adecuada, y podían infectarse. Con el paso de los años habíamos perdido a demasiados en el ritual del día de designación porque habían llorado y suplicado, y no habían podido

soportar la candente conclusión. Torzal no se detuvo al ver mis lágrimas, y yo me alegré de que las ignorara.

Soy Dos.

Las lágrimas se derramaron por mis mejillas mientras las terminaciones nerviosas de mis heridas morían, pero las cicatrices aparecieron una a una, proclamando mi fortaleza y mi habilidad para sobrevivir a cualquier cosa que me encontrara en los túneles. Había estado entrenándome para aquel día toda mi vida; podía blandir un cuchillo o un garrote con la misma destreza. Todo lo que había comido hasta entonces me lo había proporcionado otra persona, y lo había consumido sabiendo que, algún día, sería mi turno de buscar el alimento para los más pequeños.

Aquel día había llegado. Niña15 había muerto.

Larga vida a Dos.

Después del nombramiento, mis amigos me prepararon una fiesta. Los encontré a ambos esperándome en la zona común. Habíamos estado juntos de niños, pero nuestras personalidades y habilidades físicas nos habían hecho tomar caminos diferentes. Aun así, Dedal y Guijarro eran mis dos mejores amigos. De los tres yo era la más joven, y ellos habían disfrutado llamándome Niña15 después de conseguir sus nombres.

Dedal era una chica diminuta que formaba parte de los Constructores. Tenía el cabello oscuro y los ojos marrones. Debido a su barbilla afilada y a sus grandes ojos, la gente se

preguntaba a veces si era lo bastante mayor como para haber abandonado la instrucción infantil. Dedal odiaba eso; era el modo más fácil de ponerla de mal humor.

A menudo tenía los dedos sucios, debido a que trabajaba con sus manos, y la mugre siempre encontraba el camino hasta su ropa y su rostro. Ya nos habíamos acostumbrado a verla con una mancha oscura en la mejilla después de rascarse. Pero yo ya no me burlaba de ella, porque era una chica sensible. Una de sus piernas era un poco más corta que la otra y caminaba con un atisbo de cojera. No era la secuela de ninguna herida sino un defecto de nacimiento. De no haber sido por eso, no habría tenido ningún problema para llegar a ser Criadora.

Debido a que era fuerte y atractivo, aunque no especialmente brillante, Guijarro había terminado siendo Criador. Muroblanco pensaba que había buen material en él y que, si se emparejaba con una mujer inteligente, engendraría hijos fuertes y buenos. Solo se permitía contribuir a la siguiente generación a los individuos con rasgos que merecían ser transmitidos, y los ancianos supervisaban los nacimientos cuidadosamente. No podíamos permitirnos más niños de los que podíamos mantener.

Dedal se acercó a mí rápidamente para examinar mis antebrazos.

—¿Te ha dolido mucho?

—Un montón —le contesté—. Dos veces más que a ti. —Le eché a Guijarro una mirada mordaz, y continué—. Y seis veces más que a ti.

Siempre le tomábamos el pelo diciéndole que tenía el trabajo más sencillo del enclave. Quizá era cierto, pero yo no habría querido para mí la carga de asegurar la supervivencia de nuestra gente hasta la siguiente generación. Además de engendrar a los pequeños, compartía la responsabilidad de cuidar de ellos. No creo que yo hubiera podido soportar tanta muerte. Los niños eran increíblemente frágiles. Guijarro había engendrado a un niño aquel año, y yo no entendía cómo podía soportar el miedo a perderlo. Apenas podía recordar a mi madre; había muerto joven incluso para lo que era habitual entre nosotros. Cuando tenía dieciocho años una enfermedad asoló el enclave, introducida seguramente por un grupo de comerciantes de Nassau. Aquella plaga se llevó a un montón de nuestra gente aquel año.

Algunos ciudadanos creían que los hijos de los Criadores eran quienes debían continuar con ese papel. Había un discreto movimiento entre los Cazadores que opinaba que ellos mismos debían engendrar a los suyos: que, cuando un Cazador se hacía demasiado viejo para patrullar, debía dedicarse a engendrar a la siguiente tanda de Cazadores. Yo había luchado durante toda mi vida contra esa idea. Desde pequeña había observado a los Cazadores que salían a los túneles sabiendo que ese era mi destino.

—No es mi culpa ser tan guapo —me dijo, sonriendo de oreja a oreja.

—Vosotros dos, parad. —Dedal sacó un regalo envuelto en una descolorida tela—. Toma.

No me lo esperaba. Levanté las cejas y cogí el paquete.

—Me has hecho dagas nuevas —dije, calculando su peso.

Dedal me fulminó con la mirada.

—Odio cuando haces eso.

Para apaciguarla, desdoblé la tela.

—Son *preciosas*.

Y lo eran. Solo un Constructor podía hacer un trabajo tan delicado como aquel. Las había fundido especialmente para mí. Me imaginé las largas horas que habría pasado trabajando sobre el fuego antes de verter el metal en el molde y del posterior templado, pulido y afilado. Brillaban a la luz de la antorcha. Las probé y me pareció que estaban perfectamente equilibradas. Ejecuté un par de movimientos para demostrarle cuánto me gustaban, y Guijarro saltó como si fuera a golpearlo por accidente. A veces se comportaba como un idiota. Una Cazadora nunca apuñala nada si no tiene intención de hacerlo.

—Quería que tuvieras lo mejor, ahí fuera.

—Yo también —me dijo Guijarro.

Él no se había molestado en envolver su regalo; era, sencillamente, demasiado grande. El garrote no tenía la calidad de algo elaborado por un Constructor, pero Guijarro tenía buena mano tallando y había cogido un trozo sólido de madera para el corazón del arma. Sospechaba que Dedal debía haberlo ayudado con los anillos de metal a lo largo de la parte superior e inferior, pero las extravagantes siluetas

talladas en la madera eran suyas, sin duda. No reconocía a todos los animales, pero era bonito y sólido y me sentiría más segura con él a la espalda. Debía de haber frotado las tallas con algún tipo de tinte, porque sobresalían del veteado. Aquellos ornamentos, en realidad, dificultarían la limpieza del arma, pero Guijarro era un Criador y era de esperar que no pensara en ese tipo de cosas.

Sonreí con agradecimiento.

—Es fantástico.

Ambos me abrazaron y después sacaron una rareza que habían estado guardando para el día de mi nombramiento. Dedal había canjeado aquella lata hacía mucho tiempo, anticipando la ocasión. El envase en sí era inusualmente bello debido a que sus colores, rojo y blanco, eran más brillantes que los de la mayoría de las cosas que encontrábamos allí abajo. No sabíamos qué había dentro, solo que había sido sellada tan cuidadosamente que necesitábamos herramientas para abrirla.

Un encantador aroma escapó de ella. Yo nunca había olido algo así antes, pero era fresco y dulce. En el interior no vi nada más que una especie de polvo de colores. Era imposible saber lo que podría haber sido en el pasado, pero solo el aroma ya hizo que mi día de designación fuera especial.

—¿Qué es? —me preguntó Dedal.

Tímidamente, metí la punta de un dedo en el polvo rosado.

—Creo que podría ser algo para oler mejor.

Guijarro se acercó y lo olfateó.

—¿Para ponérselo en la ropa?

Dedal se quedó pensativa.

—Solo en las ocasiones especiales.

—Creo que hay algo más dentro —dije, y moví el dedo en la lata hasta que toqué el fondo— ¡Aquí está!

Eufórica, saqué un rectángulo de papel tieso. Era blanco y tenía letras doradas, pero estas tenían una forma curiosa y no podía leerlas. Algunas tenían la forma que debían; otras no. Serpenteaban y caían y se curvaban en modos que las hacían confusas a mis ojos.

—Vuelve a guardarlo —me dijo Dedal—. Podría ser importante.

Era importante, aunque solo fuera porque era uno de los pocos documentos completos que teníamos del pasado.

—Deberíamos llevárselo al Guardián de las Palabras.

A pesar de que habíamos hecho un intercambio legal por aquella bonita lata cuadrada, si contenía un recurso valioso para el enclave e intentábamos guardárnoslo para nosotros podríamos meternos en problemas graves. Los problemas conducían al exilio, y el exilio a cosas impronunciables. Por mutuo acuerdo, guardamos de nuevo el papel y cerramos la caja. Compartimos una mirada seria, conscientes de las consecuencias potenciales a las que nos enfrentábamos. Ninguno de nosotros quería que lo acusaran de apropiación indebida.

—Vamos a ocuparnos de esto ya —dijo Guijarro—. Tengo que volver con los niños pronto.

—Dame un segundo.

Corriendo, fui a buscar a Torzal. Lo encontré en las cocinas, como era de esperar. Aún no se me había asignado un lugar privado donde vivir pero, ahora que había sido nombrada, tendría una estancia para mí sola. Se acabó el dormir con los niños.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

Intenté no tomármelo mal. Que me hubieran dado nombre no significaba que el modo en el que me trataban fuera a mejorar de la noche a la mañana. Para algunos, seguiría siendo poco más que una niña durante un par de años más, hasta que comenzara a acercarme a la edad de los ancianos.

—¿Dónde está mi cuarto?

Torzal suspiró, pero me condujo servicialmente a través del laberinto. Por el camino, esquivamos a algunas personas y serpentamos a través de las divisiones y de los recintos improvisados. El mío estaba entre otros dos, pero era un metro y medio al que podía llamar mío.

Mi espacio tenía tres paredes rudimentarias construidas con metal viejo y una harapienta tela colocada para crear cierta ilusión de privacidad. Todos tenían más o menos lo mismo; los cubículos solo se diferenciaban por las baratijas que la gente guardaba en ellos. Yo sentía una debilidad secreta por las cosas brillantes. Siempre estaba intercambiando cosas por otras que brillaran cuando las sostuviera a la luz.

—¿Eso es todo?

Antes de que pudiera responderle, volvió a la cocina. Tomando aliento profundamente, atravesé la cortina.

Dentro había un harapiento camastro y una caja de madera para guardar mis escasas pertenencias. Pero nadie tenía derecho a entrar allí sin mi permiso. Me había ganado mi propio espacio.

A pesar de mi preocupación, sonreí mientras guardaba mis nuevas armas. Nadie tocaría nada allí, y era mejor no visitar al Guardián de las Palabras armada hasta los dientes. Como Muroblanco, estaba entrado en años y a veces se comportaba de un modo extraño.

El interrogatorio que me esperaba no me apetecía en absoluto.